

Wittgenstein, símbolo de una época angustiada

Por JOSÉ FERRATER MORA

Wittgenstein fué un genio. Sería difícil encontrar algún filósofo profesional que negara esta afirmación. Los lógicos no tendrán inconveniente en reconocer su profunda penetración lógica. Por su parte, los metafísicos habrán de admitir que todas las frases que Carnap ha apuntado como desprovistas de sentido en su última "Syntaxis del lenguaje" merecen la mayor atención. Nadie ignora, además, la enorme influencia que el "Tractatus logico-philosophicus" tuvo en las conversaciones epistemológicas del Círculo de Viena y de la Escuela Lógico-Positivista. Pero yo doy a mi afirmación de la genialidad de Wittgenstein un mayor alcance. Con ello quiero significar que fué más que un genio meramente filosófico. Fué, en realidad, un genio de nuestro tiempo, un símbolo de una época angustiada. El hecho de que ello haya sido ignorado tanto por los filósofos de habla inglesa como por los del resto de Europa se debe a una triste circunstancia. Los filósofos de habla inglesa, que conocen muy bien los hechos de Wittgenstein, no prestan casi ninguna atención a expresiones tales como la de época angustiada. No es fácil entender lo que esto significa cuando uno dedica las horas más sabrosas de la propia vida a enseñar filosofía en el hermoso marco de los claustros universitarios. Sólo se empieza a vislumbrar lo que pueda ser cuando uno se asoma al mundo. El europeo medio sabe más de esto que el más listo de los filósofos de habla inglesa. En cuanto a los filósofos del resto de Europa, pocos son los que han dedicado alguna atención a la obra de Wittgenstein. Sólo un puñado de lógicos y de positivistas, que únicamente se interesaron por los campos de la Lógica y de la Epistemología, la estudiaron. Como consecuencia, los que conocen la expresión época angustiada y lo que significa, no conocen a Wittgenstein, y los que

conocen a Wittgenstein ignoran lo que significa tal expresión. Era muy poco probable, en tales condiciones, que alguien mantuviera que Wittgenstein fué algo más que un analizador agudo de los problemas filosóficos.

Ni siquiera sé si el mismo Wittgenstein se percataba de esto, aunque me inclino a creer que sí. He oído decir al profesor Paul Schrecker que Wittgenstein era un "hombre-misterio". Nada más cierto y nada más comprensible. Wittgenstein se preocupaba poco de la popularidad. Incluso se preguntaría uno si no temía al mundo y no trataba de seguir el antiguo dictum "láthe biosas" —¡déjalo escondido!— Sea lo que fuere, el hecho es que abandonó las principales doctrinas del "Tractatus" y se interesó cada vez más por el tema que nos ocupa ahora: la Filosofía Terapéutica. Pero nunca olvidó dos afirmaciones que se encuentran en el "Tractatus". Una de ellas es: "La Filosofía no es una teoría, sino una actividad." Y la otra es: "De lo que no se puede hablar, es preciso guardar silencio". Ambas constituyen la piedra angular de su sin par "Wille zum Geheimnis" —de su "voluntad de permanecer secreto". Su lealtad obstinada a estos dos apotegmas se debe, para mí, al motivo siguiente: al mismo tiempo que descubría sus "pensamientos", Wittgenstein se sentía impulsado a eliminarlos. "La tendencia última del "pensamiento" de Wittgenstein era la supresión de todo "pensamiento". Parecía comprender perfectamente que el pensar es el mayor factor perturbador de la vida humana, que no es signo de salud, sino de enfermedad. Esa es la razón de que el pensamiento no se pueda expresar adecuadamente.

Wittgenstein descubrió que las "ideas generales" son imposibles de enunciar y que tampoco pueden ser pensadas. Verdad es que, según él mismo recomienda encarecidamente, se puede decir lo que se desee, siempre que en ello se ponga sumo cuidado. Pero, en

todos los casos, nunca se "dice" nada. Cada discurso es un "sí, pero no" o bien expresa una actitud de "Así podría expresarse, si..." Lo que uno "dice" es indiferente. En realidad, sería mejor callarse, y si no puede hacerse de inmediato, es porque todavía se está enfermo, poseído por toda clase de fantasmas verbales: el fantasma de las "ideas generales" el del "pensamiento lleno de sentido". Todo eso no es sino enfermedad, de la cual desea uno evidentemente curarse. Pero ¿cómo? Sólo hay un camino: el positivismo terapéutico. En lugar del psiquiatra, hay que recurrir al filósofo, que resultará más divertido y hasta incluso quizá menos caro.

¿Qué puede significar todo eso? Trataré de aclararlo, para lo cual, evidentemente, es necesaria una comprensión plena del "último" método de Wittgenstein.

Lo malo es que tal método no puede ser "explicado". "No es" un método filosófico; es una terapéutica y, además, no sistemática. Los lógicos positivistas, que rindieron culto en su debido tiempo a Wittgenstein, han quedado frustrados por la increíble "fluctuación" del nuevo método. Los lógicos positivistas han sido siempre más o menos "sistemáticos", notablemente dogmáticos, y han demostrado siempre falta de comprensión para las ansiedades humanas. Su única preocupación ha sido la de increpar a los metafísicos. Son unos insensatos; en realidad, no se puede increpar a nadie. Sólo se puede "curar", si realmente se desea, y para hacerlo no se necesita ser "sistemático". Las reglas sobran. Lo único que se necesita es poder adivinar inteligentemente, ser realmente listo. Esto demuestra que el método de Wittgenstein no puede ser explicado. Únicamente puede ser "seguido". El positivismo terapéutico de Wittgenstein no fué una teoría, sino una serie de "recomendaciones". Pocas veces apelaba a nuestro intelecto; en general, era una llamada a nuestra conciencia "aún subsistente", agitada por las preocupaciones e indecisa por sus ansiedades. Durante muchos siglos, se consideró a esta conciencia como el signo típico de la naturaleza humana. Sócrates quiso convencer a los hombres de que el hombre no sólo tiene problemas, sino que "es" él mismo un problema. Lo consiguió en gran parte. Posteriormente, muchos filósofos han afirmado que la grandeza del hombre es función de su incesante problemática. Hasta hace poco tiempo, se ha aceptado esto, pero muchos se preguntan ahora hasta qué punto

la conciencia problemática ayuda a enfrentarse con los problemas de la existencia. Por ese camino se corre el riesgo de recorrer infatigablemente la propia conciencia, olvidando que hay algo más fuera de uno mismo; llamémoslo realidad. Por consiguiente, llega el momento de restablecer con toda urgencia el contacto con la realidad. Sócrates podía hacer lo que quisiera. Estaba dispuesto a beber la cicuta, y lo hizo. Pero la mayoría de las personas no están dispuestas a ello. Temen que dar demasiada cabida a la ironía filosófica sea el medio más seguro para llegar a la tragedia.

Las "recomendaciones" de Wittgenstein no tienen en apariencia nada que ver con este tema. Ni él ni sus discípulos perdieron el tiempo hablando de la naturaleza humana o de los problemas de la "conciencia no satisfecha". Esas eran charlas de filósofos. Durante muchos años, Wittgenstein sólo se preocupó de un problema: el del lenguaje. ¿Qué tiene que ver el análisis del lenguaje y el estudio de sus escollos con la radicación de las ansiedades humanas? Muchísimo. El hombre no expresa siempre sus temores mediante actos como el chillar, dar alaridos o gesticular. Muchas veces los expresa haciendo preguntas como la siguiente: "¿Para qué demontre he venido yo a este mundo?" O bien, menos provocativamente, pero no por ello menos descorazonadamente: "¿Se puede considerar siete más cinco como un juicio sintético "a priori"? Estas pueden parecer preguntas filosóficas o, como dirían Wittgenstein y sus discípulos, rompecabezas filosóficos, y ya que se expresan mediante el lenguaje, el mejor modo de probar que no tienen por qué desorientar a nadie es suprimir los escollos del lenguaje. Aparentemente, el lenguaje sería la raíz de todas las marañas filosóficas. Pero lo peor es que tales enredos no sólo son los responsables de que se hayan planteado preguntas memorables e incontestables, sino que son la causa de violentos desacuerdos. Muchos no se dan cuenta de la cantidad de seres humanos que han sido chamuscados con toda delicadeza por el mero hecho de haber estado en desacuerdo con algún dogmático sin corazón acerca de cuestiones tan candentes como la de si el mundo es uno o múltiple, finito o infinito, existente o inexistente. No se puede negar que muchas cuestiones de este tipo han sido zanjadas por los lógicos positivistas con la ayuda eventual del "Tractatus" de Wittgenstein. Pero no les ha sido posible a los

lógicos positivistas seguir el pensamiento de Wittgenstein; de hecho, únicamente han estado en desacuerdo con los filósofos en lo que se refería a determinar "qué" se puede decir. Han partido de la base de que si se desea ser filósofo, difícilmente puede decirse algo, pero tras varios llamamientos al rigor han caído en el relajamiento. Su régimen se ha convertido en régimen liberal. Actualmente, pueden decirse bastantes cosas, incluso algunas de ellas pueden no ser completamente triviales. Siempre puede uno encontrar algún lógico positivista decadente que, ablandado por la tolerancia, esté dispuesto a sostener nuestras afirmaciones. En todo caso, siempre nos será permitido convertirnos en filósofos "sistemáticos" y, por ende, en seguidores de la tradición filosófica. Quizá nos veamos obligados a negar que el hombre deba dedicar su vida a la contemplación, y no nos quede más remedio que decir que debe entregarse a la acción. Tal vez resulte que hay que llamar "conducta" a lo que se designó antes como "conciencia". No importa. De la aceptación de ciertas restricciones surgirá la libertad de hacer algo sospechoso de anti-wittgensteinismo: resolver problemas.

Para todo filósofo no wittgensteiniano, desde Tales hasta Carnap, el hombre ha sido una entidad capaz de resolver problemas. Ni siquiera cuando se ha estrechado notablemente la serie de los problemas resolubles, se ha negado que "haya" problemas. Todos los filósofos no wittgensteinianos juegan al mismo triunfo. Lo designaré con el término de "humanismo", es decir que, ocurra lo que ocurra, el hombre tendrá siempre un derecho inalienable: el de plantear problemas. Esto es precisamente lo que Sócrates consideró como específicamente "humano". Mientras este derecho se mantenga, el hombre será siempre lo que Leibniz llamó "un petit Dieu".

Durante algún tiempo, Wittgenstein fué un defensor encarnizado de esta actitud de "no-es-mucho-pero-de-todos-modos-algo-es", aunque fué por otro lado el autor de muchas de sus más valiosas restricciones. Sin embargo, no tardó en ir más allá de sus propias obras. Aquellos hombres estaban llenos de prejuicios, se consideraban capaces de tener "ideas generales" y se designaban a sí mismos consecuentemente como "lógicos" o "sistemáticos". Gastaron mucho tiempo en discusiones encaminadas a crear reglas lógicas, modos de

hablar y formas de lenguaje de todos los tipos y modelos. Se enzarzaron a propósito de la distinción de qué problemas tenían significado y cuáles no, y libraron batallas memorables para establecer líneas divisorias que los separaran. De repente, algunos llegaron a la conclusión de que "todos" los problemas filosóficos son problemas de palabras. Parecía como si se acercaran al positivismo terapéutico de Wittgenstein. Pero no era así. Ante todo, porque un verdadero positivista terapéutico no sería nunca tan quisquilloso acerca de la distinción entre qué problemas carecen de sentido y cuáles no, cuáles son puramente verbales y cuáles no. Se sentiría completamente liberado de tales cuestiones. Evidentemente seguiría observando las leyes del juego, e incluso usaría alguna vez el término "problema", aunque, desde luego, en el sentido de "rompecabezas". Pero lo que negaría siempre es que haya que resolver los problemas. "Los problemas no han de ser resueltos, sino disueltos". Por consiguiente, hay que terminar toda discusión acerca de los lenguajes y de los metalenguajes. Hay que desechar la ilusión de que se puede crear un "lenguaje ideal". Todo ello no es más, según Wittgenstein, que un mero espejismo (1), un remanente del "humanismo". Si uno se deja arras-

(1) Este artículo se refiere, sobre todo, a la reciente obra de Wittgenstein, *Positivismo Terapéutico*, y alguna vez hace referencia a los wittgensteinianos. Pero no pretende, sin embargo, explicar sus "postulados" —que, evidentemente, no existen— ni describir su método —que no puede ser descrito—. Esto es una interpretación social histórica de una actitud humana, y nada más, y como tal, seguramente resultará inaceptable para cualquier wittgensteiniano ortodoxo. Si desea más amplia información, el lector puede recurrir a *An Appraisal of Therapeutic Positivism (Valoración del Positivismo Terapéutico)*, por B. A. Farrell, *Mind*, LV, 217-218 (1946).

Los excelentes artículos escritos desde un punto de vista wittgensteiniano, de John Wisdom, Norman Malcolm y G. A. Paul, resultarán de gran ayuda. Muchos de estos artículos han sido publicados en *Mind*, y otros en las *actas* de la *Aristotelian Society*.

Después de escrito este artículo, se anunció la publicación de un libro póstumo de Wittgenstein. No creo, de todos modos, que mi artículo pierda mucho por la nueva información que proporcione el libro. Primeramente, porque estoy hablando de una fase de la actividad de Wittgenstein y no puede dudarse de que tal fase haya existido. En segundo lugar, aunque los editores han dicho que Wittgenstein trabajó mucho en este libro en sus últimos años, no parece que tuvo mucha prisa por publicarlo. Esto confirma la impresión de que Wittgenstein se comportaba como si temiera atraer hacia sí demasiada atención. En el artículo de G. Ryle, titulado *Ludwig Wittgenstein, Analysis*, 12-1 (1951), se confirma otra vez este punto de vista. Ryle dice allí que "Wittgenstein no asistía a las conferencias filosóficas; no dictó ninguna clase fuera de Cambridge, no mantuvo correspondencia filosófica con nadie e hizo lo posible para que no circularan por Cambridge apuntes de sus clases y sus seminarios".

Permítaseme añadir que quisiera ofrecer en este artículo lo mismo que Ryle se propone en el suyo: "un conjunto de impresiones, de interpretaciones; en cierto modo, ecos de ecos."

trar por ello, no podrá deshacerse nunca de interminables discusiones "infructuosas". Incluso puede ocurrir que uno se vuelva tolerante, pero "será demasiado pronto". Cualquiera día descubriría que hay algunos problemas filosóficos reales insertos en el lenguaje de los aristotélicos e incluso en el de los tomistas. En vez de tomar sus postulados por lo que son —la expresión de un rompecabezas filosófico— los considerará como la expresión de problemas filosóficos, y presumirá, como consecuencia, que pueden ser resueltos "hasta cierto punto".

Ahora bien, los problemas filosóficos no necesitan ser solucionados, sino "desenmascarados". Dije antes que si no se presta atención suficiente a la propia conducta verbal, se corre el riesgo de ser tolerante "demasiado pronto". Eso era exactamente lo que quería decir. Sería injusto pensar que el positivista terapéutico es intolerante; en realidad, es más tolerante "a su debido tiempo", cuando se ha "hecho evidente" que los problemas son enredos, y tales enredos "han sido" desenmascarados como preocupaciones intelectuales inconsistentes. "Antes" de esto, se sentirá uno aterrorizado, y "después", liberado. Una vez se hayan disuelto los problemas, le será a uno permitido hacer lo que quiera; se podrá hablar cualquier lenguaje, ya sea el de los aristotélicos, ya sea el de los heraclitianos o el de los milesianos. "No tendrá ninguna importancia." Los problemas más filosóficos sólo se convierten en rompecabezas y son causa de preocupación si se cree que radican en el hombre, si se ignora que están flotando alrededor de nosotros y que se puede tomarlos o dejarlos. Sólo causan ansiedad si nos esclavizan y cesarán de preocuparnos tan pronto como nos demos cuenta de que la mejor arma en contra de ellos es la "libertad", es decir, el despego.

Tal arma es precisamente el método de Wittgenstein, pero no es tanto un "método" sino un "bisturí" y un "bisturí mental". El único inconveniente es que no se puede describir, no es "universalmente válido", no puede ser usado del mismo modo por todo el mundo. Si así fuera, suscitaría de nuevo problemas de método. Se renovarían problemas estériles y no liberadores y se restablecería la filosofía tradicional.

Por consiguiente, es mejor decidir de una vez por todas que en vez de plantearse problemas, vale más terminar con las preocupa-

ciones, los rompecabezas y las perplejidades y, por tanto, si se es filósofo, habrá que abstenerse de actividades como las de dar clases, escribir libros o asistir a conferencias. Resultará imposible emitir cualquier "proposición general". Las proposiciones generales no proponen nada, ya que son funciones verbales y la solución más corriente, es decir, el someter los problemas al análisis lógico, no tardará en resultar insostenible. Un análisis de este tipo se basa en el predominio poco convincente y "peligroso" de afirmaciones generales sobre casos particulares. De este modo se descubrirá pronto que las "teorías" o los artificios lógicos no pueden liberarnos de ningún "problema-preocupación". No hay ninguna "teoría" ni ningún "método generalizado" capaz de competir con una simple actividad terapéutica cuyo fin no será ya el de resolver problemas, sino el de curar almas.

Por tanto, el "método" es, para un positivista terapéutico adiestrado en la supersutil escuela de análisis de Wittgenstein, una actividad personal dirigida radicalmente a esclarecer las causas de los enredos filosóficos y a arrancar de raíz los desacuerdos. Todo esto, no sólo cambia completamente la naturaleza del análisis filosófico, sino también la naturaleza de la profesión filosófica. El profesor de filosofía tendrá que convertirse en un "psiquiatra" "sui generis"; el estudiante tendrá que transformarse en "paciente". A veces, agobiado por el sentimiento de pecado intelectual, llamará a las puertas del profesor. Pero no será para preguntar si cree que "Aníbal y Platón" es un buen tema para una tesis, ya que eso no es un rompecabezas intelectual, sino un problema puramente práctico. Llamará para preguntar cosas como "¿Cree usted "realmente" que el Ser y el Valor son intercambiables?" Creo, no obstante, que el mejor modo de entrar en contacto con un positivista terapéutico es plantearle lisa y llanamente "absolutamente todos" los problemas propios. Lo mejor para el "paciente" sería decir, por ejemplo: "Soy hegeliano y creo firmemente que el ser-en-sí no se convertirá nunca en ser-en-y-para-sí", a menos que por algún tiempo sea "fuera-de-sí", ya que al positivista terapéutico le gustan los casos difíciles. Verdad es que el "paciente" puede estar perfectamente tranquilo, a pesar de creer en la realidad o en la significación de tal afirmación filosófica. Incluso puede ocurrir que asegure que desde que se hizo hegeliano se sintió liberado de todas sus

preocupaciones. Esto plantea aparentemente un gran problema para los positivistas terapéuticos ya que si su actividad se justifica tan sólo en la medida en que son capaces de desenmarañar enredos filosóficos, parece que deberían retirarse discretamente cuando el llamado "paciente" no se siente perplejo en lo más mínimo. Pero no nos dejemos engañar por lo que el positivista terapéutico dice que se propone hacer. Al fin y al cabo, él nunca quiso decir que la tarea del positivismo terapéutico fuera la de "curar" pacientes. De hecho, el positivista terapéutico no ha pretendido "decir" nunca nada en absoluto. Sólo se propone "actuar" en un modo que "velis nolis" requiere el empleo de palabras. Por tanto, aunque el paciente mismo no se sienta perplejo, será portador de enredos filosóficos. No cabe duda de que los casos más frecuentes son aquellos en que los pacientes tienen tales enredos y se sienten perplejos por ellos. Tales casos justifican la comparación del positivista terapéutico con un psiquiatra "sui generis". Las palabras "sui generis" se emplean como expresión de que el positivista terapéutico sólo actúa sobre perplejidades "intelectuales". Por tanto, no puede invitar al paciente a que se eche en un sofá y murmure algo acerca de los sueños que tuvo hace cuarenta y cinco años, ni puede tampoco administrarle ninguna droga. Una droga puede solucionar un absceso, pero no un problema. El positivista terapéutico quiere, sin embargo, resolver, es decir, disolver, el problema mismo que presenta el paciente. No es ningún cazador de preocupaciones empírico, sino un analítico puro. No necesita sofás, drogas ni, desde luego, libros. Sólo necesita cerebro.

Hay varios "modos" de salir al paso de los rompecabezas filosóficos, pero sólo se puede confiar en uno: la destreza. Resulta difícil demostrar a un filósofo que las analogías entre distintas suertes de expresión no son válidas. No obstante, esto es lo que trató Wittgenstein de hacer, si hemos de creer a algunos de sus seguidores. Hizo ver magistralmente que si tal analogía existiera, sería totalmente inútil. Habría cesado de ser una analogía y habría pasado a ser una expresión única.

Demostó muchas otras cosas, todas ellas envueltas en una peculiar mezcla de claridad y misterio. De ellas, algunas pueden ser dudosas, pero una por lo menos es cierta, y esa es que sólo con la ayuda de una gran destreza mental puede demostrarse a un filósofo

—que no será nunca un "paciente manejable"— que "ha" expresado problemas filosóficos inexpresables. Para llevar a cabo esta hazaña, seguramente no basta eliminar escollos del lenguaje. Se necesita, además, recoger sutilmente todo tipo de mitos intelectuales para mostrarlos con una sonrisa al paciente. Además de una gran destreza lógica, se necesitará seguramente tener "finesse" psicológica. Ocultas entre los distintos estratos de los lenguajes y de los sublenguajes, se encuentran una cantidad increíble de oscuras motivaciones. Hay que pasarlas por el tamiz de un modo "puramente intelectual", analizarlas, y, por último —y quizá sea eso lo más importante—, "pulverizarlas".

Tan sólo entonces estará dispuesto el paciente a reconocer de "buen grado" que sus perplejidades carecían de fundamento y que sus preguntas no tenían sentido. Aliviado de este peso, dejará de charlar —o, si lo hace, será "como si" no lo hiciera— para dedicarse a la "actividad" y a la "vida". Su "complejo mental" desaparecerá por completo. No sé de qué modo designaba Wittgenstein este "complejo". Ni siquiera si le dió nombre. Permítaseme forjarle un nombre, el de "complejo socrático". Sócrates, en efecto, enseñó a los hombres a comportarse de un modo diametralmente opuesto al que recomendó Wittgenstein. No cabe duda de que el gran filósofo griego deseaba también evitarnos los "complejos". Pero, contrariamente a Wittgenstein, su método consistía en crear, sugerir y provocar problemas. En cierto modo, se podría llamar a Wittgenstein el "anti Sócrates". Ahora, si Wittgenstein y Sócrates son dos extremos opuestos, son extremos opuestos de "la misma" línea histórica. Como todos los extremos, se tocan: "extrema se tangunt". Nada de extraño tiene que se parezcan tanto en tantos aspectos. Ambos emplearon un método individual y ambos detestaron escribir. Sócrates no escribió ningún libro, y Wittgenstein se arrepintió de haber escrito uno. Ambos fueron geniales: Sócrates fué el genio de lo constructivo, Wittgenstein de lo destructivo.

Efectivamente, Wittgenstein fué un genio. A sabiendas o no, retrató nuestro tiempo con más fidelidad que la mayoría de los pesimistas profesionales. Heidegger ha intentado poner de relieve la nada, Sartre la náusea, Kafka y Camus lo absurdo. Todos estos autores han descrito un mundo en que la misma realidad es cuestionable. Sin embar-

go, han dejado intacto el derecho de hacer preguntas. En el positivismo terapéutico de Wittgenstein, en cambio, lo que se hace cuestionable es la pregunta "misma". No se ha dejado nada, ni siquiera ruinas. Nada tiene de extraño que podamos considerar a Wittgenstein como el reflejo genial de los aspectos más sombríos de nuestra época.

Realmente "describió" esta "época de ansiedad", esta "época de añoranza" mejor que ningún otro; mejor que los poetas, mejor que los novelistas. ¿Hemos de sorprendernos entonces de que un oscuro profesor de Cambridge simbolice con mayor exactitud nuestra época angustiada que un famoso dramaturgo de París?